

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CEPAL, CON MOTIVO DE CELEBRARSE
EL 48º ANIVERSARIO DE LA ORGANIZACION DE NACIONES UNIDAS

SANTIAGO, 25 de Octubre de 1993.

Señoras y señores:

En primer lugar, muchas gracias al señor Rosenthal por sus palabras tan benevolentes respecto de mi persona y de mis colaboradores. Creo que nos hemos limitado a cumplir nuestro deber como responsables del gobierno de una Nación que procura cumplir sus compromisos, que nacen de su vocación pacifista y libertaria, con la Organización de las Naciones Unidas.

He aceptado con mucho agrado la cordial invitación a este acto del señor Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina, pues para el gobierno de Chile conmemorar la fundación de la Organización de Naciones Unidas es no sólo un acto de justicia sino también de esperanza. A lo largo de estos cuarenta y ocho años, Naciones Unidas ha sido a la vez testigo y actor privilegiado de la construcción del mundo contemporáneo. En casi medio siglo, ha debido transitar por un universo caracterizado por la confrontación, la desconfianza y profundas divisiones entre dos mundos que por décadas parecieron irreconciliables.

La guerra fría mantuvo durante años en la incertidumbre los anhelos de paz de la humanidad, mientras se conculcaban la libertad, la democracia y las legítimas esperanzas de desarrollo de numerosos pueblos y naciones doblegadas ante el imperativo de la fuerza.

La triste realidad de la historia de la post guerra, vigente hasta hace pocos años, marcó con ribetes de hondo pesimismo las expectativas de poder vivir en un mundo libre y en paz.

La desenfrenada e irracional carrera del armamentismo, la amenaza de una conflagración nuclear y la consolidación de bloques ideológicos que dividieron al mundo en dos frentes de odiosos antagonismos, hacían francamente impensable un proceso de cambios

que pudiera echar por tierra en el corto plazo las estructuras que caracterizaron a ese teatro de la guerra fría.

Las transformaciones de las que hoy somos testigos han sido sin duda sorprendentes y vertiginosas. Las observamos todavía asombrados de su magnitud; reconocemos en ellas signos alentadores de paz y de progreso y concitan la esperanza de un mundo mejor, más solidario y más humano, más libre y más justo.

No obstante los penosos casos de confrontación violenta, odiosidad y guerra que presenciarnos con dolor en varios lugares del mundo -sin lograr superarlos- vemos hoy día a los pueblos más abiertos al diálogo y al entendimiento. Apreciamos una voluntad nueva en muchos gobiernos para abrir paso a la cooperación entre las naciones. Por primera vez en muchos años, parece posible que Naciones Unidas pueda finalmente cumplir a cabalidad las tareas que se le encomendaron en San Francisco.

En esta nueva etapa que vive la humanidad, la Organización de las Naciones Unidas cobra renovada vigencia e importancia. Su rol esencial de garante de la paz y de la seguridad internacionales surge con más fuerza, y a pesar de que los conflictos bélicos no han logrado ser erradicados del planeta, la paz y el progreso son más posibles hoy que ayer.

El profundo anhelo humano de poder construir un mundo mejor actualiza y robustece la tarea de la Organización de las Naciones Unidas. Reconocemos en ella un pilar fundamental para configurar un nuevo orden internacional que, fundado en principios de equidad, de respeto mutuo y de justicia, abra paso a una nueva era de cooperación eficaz, de entendimiento y de auténtica solidaridad entre las naciones.

Todas estas son razones para cifrar nuevas esperanzas en el papel que puede cumplir la Organización en esta etapa. Le corresponde asumir un rol preponderante no sólo frente a los conflictos que amenazan la paz y la seguridad internacionales, sino que, tanto o más importante, debe ejercer un decidido liderazgo para alcanzar soluciones urgentes a los graves problemas sociales y de desarrollo que afectan a millones de seres humanos en nuestro planeta.

Los desafíos son enormes. Sería error fatal que la complacencia por los tiempos que vivimos llevara a la Humanidad a ignorarlos o desentenderse de ellos.

Por una parte, las cruentas experiencias que hoy vivimos en la ex Yugoslavia, en Somalia y en Haití, plantean serias interrogantes sobre cuál es la mejor manera de precaver y resolver conflictos que atropellan los derechos humanos y amenazan la paz, hasta dónde ha de llegar la acción de Naciones Unidas en su función de asegurar un

orden internacional pacífico y cómo se regula la contribución de cada Estado miembro al cumplimiento de esas tareas.

Por otra parte, cada día es más claro que no estará adecuadamente resguardada la paz mundial mientras no se enfrenten con urgencia las causas económicas y sociales de la inestabilidad y de los conflictos. No habrá una auténtica paz en este mundo mientras subsistan las desigualdades y las graves lacras sociales que azotan con singular crueldad a los más desposeídos. No será posible construir la paz mientras perduren las violaciones a los derechos humanos, los éxodos masivos, la falta de libertad, el hambre, la miseria, las enfermedades y la marginación social, pues todos ellos van incubando peligrosas frustraciones que afectan la estabilidad política y social de las naciones y enferman el alma de los pueblos.

La urgencia con que la comunidad internacional debe enfrentar estas impostergables tareas requiere de un esfuerzo decidido y de un compromiso compartido de todos los gobiernos. Tenemos por delante el enorme e imperioso desafío de crear para el ser humano condiciones más dignas de bienestar, de crecimiento y de participación, incorporando a los procesos de desarrollo a los grandes segmentos de la población hoy excluidos. Es una responsabilidad impostergable pues, como señalara aquí, entre nosotros, el Papa Juan Pablo II, los pobres no pueden esperar.

Esta ha sido una preocupación fundamental de mi gobierno. El destino de Chile, como el de tantas otras naciones, depende de su capacidad para derrotar a la pobreza. Por ello nos propusimos perseverar en políticas que promuevan un dinámico crecimiento económico y a la vez impulsen las indispensables rectificaciones para enfrentar con eficacia la pobreza extrema que aflige a grandes sectores de chilenos.

De esta manera fundamos nuestra estrategia de desarrollo en procura de un mayor crecimiento económico, sobre la base de tres características centrales: que sea sostenido, para asegurar un flujo regular de recursos para el desarrollo; que sea sustentable, para asegurar la perdurabilidad de nuestros recursos naturales y nuestro patrimonio ecológico, y que sea equitativo, de manera de compatibilizarlo con mayores y mejores niveles de justicia social y de solidaridad, en el marco de una democracia plena, pluralista y participativa.

Esta estrategia está dando sus frutos. En estos casi cuatro años de gobierno hemos logrado reducir el número de chilenos que viven en extrema pobreza. Hoy en Chile hay menos pobres y éstos son menos pobres que hace cuatro años. Pero queda mucho por hacer. El camino es largo, pero la meta y el camino son seguros. Podemos afirmar responsablemente que no es un sueño pensar en los albores del próximo siglo, que ya está encima, que Chile habrá derrotado la extrema pobreza.

Especialmente importante para el avance de las metas sociales que se trazó el gobierno ha sido la creación del Fondo de Solidaridad e Inversión Social -esfuerzo inédito en nuestro país por su magnitud y concepción solidaria-, que ha permitido entregar importante ayuda a los sectores más desvalidos, un apoyo que no ha sido meramente asistencialista, sino que se ha fundado esencialmente en el financiamiento de proyectos presentados por los propios beneficiarios, acompañado de un esfuerzo formativo y de capacitación técnica, lo que está facilitando la incorporación de sus beneficiarios al proceso productivo del país.

Ello nos permite señalar con satisfacción que no sólo se ha invertido en la gente sino que con la gente. Al término del actual gobierno, en Marzo próximo, el Fondo de Solidaridad e Inversión Social habrá invertido cerca de cien millones de dólares en el financiamiento de alrededor de siete mil proyectos, destinados a microempresas urbanas y rurales, a capacitación de jóvenes y a apoyar a las localidades de menores recursos de nuestra patria.

En el plano internacional, nuestra preocupación por la gravedad de los problemas sociales nos ha llevado a impulsar la convocatoria a la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social que, por acuerdo de la Asamblea de Naciones Unidas, se llevará a cabo en Copenhague a comienzos de 1995. Esperamos que ese evento permita a los gobernantes de todos los países analizar al más alto nivel político, y de manera conjunta, estos urgentes problemas. Teniendo al ser humano como objeto central de su preocupación, se aspira a desplegar un esfuerzo compartido para alcanzar soluciones efectivas al drama de la miseria, el desempleo y la desintegración social.

En nuestros días pareciera existir consenso en que no será posible alcanzar un desarrollo económico pleno sin desarrollo social. El crecimiento económico sin equidad significa generar riqueza en términos que a menudo agrandan la brecha que separa a ricos y pobres, aumentando aún más la pesada carga de la miseria sobre los que viven en condiciones mínimas de subsistencia.

Chile observa con creciente interés y optimismo las nuevas tendencias que empiezan a primar en las relaciones internacionales. Concedemos enorme valor al fortalecimiento y consolidación de la democracia, al respeto cada vez más universal de los derechos humanos y al fomento de un diálogo más abierto y directo entre los países para impulsar una efectiva cooperación para el desarrollo.

Sobre estas bases renovadas de confianza entre los Estados y a través de nuevos caminos de intercambio económico y de libre comercio, podremos en un futuro cercano superar la brecha que aún divide al norte industrializado de nuestro sur en desarrollo.

Otorgamos en esta tarea una importancia de primer orden a la acción de la Organización de las Naciones Unidas. Creemos que ella debe asumir un liderazgo decidido en la construcción de un orden

mundial más justo, equitativo y solidario, y que para ello debe contar con el más amplio e irrestricto respaldo de los gobiernos. Sólo así podrá convertirse en un instrumento capaz para canalizar la cooperación y la asistencia internacional, para dirigir las actividades operacionales para el desarrollo y, en suma, para cumplir a cabalidad con la obligación que le impone la Carta de promover el desarrollo económico y el bienestar social para todos los pueblos del mundo.

Al participar en este acto conmemorativo de los cuarenta y ocho años de vida de Naciones Unidas, he querido resaltar la importancia que Chile concede a la organización mundial en su carácter de principal foro político de la Humanidad para la discusión de los principales temas de la agenda internacional y como punto privilegiado de encuentro entre las naciones.

Por la relevancia que le otorgamos, hemos respaldado decididamente su fortalecimiento, apoyado su proceso de reformas y participado activamente en el debate sobre la reestructuración del ámbito económico-social tendiente a dotar a la organización de medios más expeditos para canalizar la cooperación internacional para el desarrollo.

En el marco de la universalidad de la acción de Naciones Unidas, es justo destacar la significativa labor de los organismos y comisiones regionales y, en el caso de nuestra región, de la importante tarea cumplida por CEPAL, que nos acoge hoy con su característica hospitalidad. Su condición de centro privilegiado de estudio y de diagnóstico de la situación económica y social de los países de nuestro continente y su trabajo serio y riguroso, no sólo le ha significado ganar un merecido prestigio y el reconocimiento de los gobiernos, sino que ha generado una estrecha relación y una mutua influencia. Ha incidido de manera importante en las políticas económicas y las estrategias de desarrollo de los países latinoamericanos, y estos, a su vez, han influido en la orientación del trabajo y del análisis de la propia CEPAL, cuyos estudios han girado en torno a las vivencias y experiencias concretas de los países de la región.

No son mero accidente, por tanto, las coincidencias que se han producido entre la labor analítica de la CEPAL a partir de 1990 y las políticas seguidas por el gobierno de Chile, en las que se advierten visiones y perspectivas comunes y preocupaciones compartidas respecto de temas que hoy ocupan un lugar primordial en la agenda internacional y revisten prioridad para los gobiernos de la región: el crecimiento económico con justicia social, la sustentabilidad del desarrollo, la protección del medio ambiente y la transformación productiva con equidad.

La feliz circunstancia, para nosotros, de que la CEPAL tenga su sede en nuestro país, ha permitido generar una sólida y estrecha vinculación entre Chile y la Comisión, cuya profundidad ha

trascendido la esfera de lo gubernamental para adentrarse en otros aspectos de la sociedad chilena, como son las universidades y otros centros académicos, intelectuales y científicos, generando un diálogo enriquecedor y prolífico.

Por ello, la CEPAL no sólo ha sido un centro de pensamiento de primer orden, sino que se ha constituido, también, en un punto de encuentro integrado a nuestro medio, a través del cual centenares de chilenos destacados han aportado su talento y sus servicios a la organización de las Naciones Unidas.

Esta es ocasión propicia para testimoniar al señor Secretario Ejecutivo de CEPAL, don Gert Rosenthal, el reconocimiento de mi gobierno por la permanente, siempre atenta y valiosa colaboración que ha recibido de su parte. Lo es, así mismo, para hacer llegar al Secretario General de Naciones Unidas, señor Boutros Ghali, un cordial saludo del gobierno y del pueblo de Chile, y nuestros sinceros votos por el éxito de la labor que realiza. Estoy cierto que sus brillantes condiciones constituyen el mejor aval para el buen término de la importante y delicada tarea que los países del mundo le hemos encomendado. Su éxito y el de las Naciones Unidas será, sin duda, el éxito de la paz y del desarrollo que la Humanidad necesita y anhela.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 25 de Octubre de 1993.

MLS/EMS.